



**Excmo. Ayuntamiento de Orcera**

---

**OBRA Nº 5**

**SEUDONIMO: LUNALUZ**

**CATEGORIA: RELATO ESCOLAR**

---

**Excmo. Ayuntamiento de Orcera**

Plaza de la Iglesia, Orcera. 23370 (Jaén). Tfno. 953480154. Fax: 953480155

# **“24 ROSAS Y UN CLAVEL”**



**PSEUDÓNIMO: “LUNALUZ”**

## **“24 ROSAS Y UN CLAVEL”**

*“RESIDENCIA LA ESPERANZA, 26 – SEBASTIÁN RUIZ”.*

Eso era lo único que contenía el papel que iba conmigo cuando llegué al orfanato y que me entregó el director el día de mi 18 cumpleaños. Una dirección que días más tarde me propuse encontrar y que sin duda iba a marcar el inicio de otra etapa en mi vida. Poco, por no decir nada, conocía de mi pasado. Por lo que me habían contado, perdí a mis padres en un accidente de tráfico cuando yo era sólo un bebé de pocos meses. Sólo tenía un abuelo, que vivía en una residencia y no pudo hacerse cargo de mí en aquel tiempo. Pero ahora que conozco su nombre y su dirección abandono el lugar donde he crecido durante 18 años y mi mayor deseo es encontrarlo para que me explique algo más sobre mi familia.

Aunque no tengo malos recuerdos del orfanato, porque allí he sido feliz en mi infancia y en mi adolescencia, en el que he conocido a verdaderos amigos y a cuidadores que ya son como parte de mi familia, es un lugar que a la vez, provoca mucha tristeza. Tristeza porque cuando miras a tu alrededor, cada niño, cada niña, tiene una historia a sus espaldas y no precisamente una historia con final feliz. En aquel lugar te sientes sólo, algunos reciben visitas de familiares, otros son adoptados y finalmente cuando llegas a los 18 años te dan la opción de poder salir y hacer tu vida fuera de allí, seguir con tus estudios, buscar un trabajo... Pero para mí, realmente mi motivación en estos momentos era encontrar a mi abuelo con vida.

Y allí estaba yo, un caluroso lunes de agosto llamando al telefonillo de la residencia “*La esperanza*”, curiosamente esa misma palabra no paraba de repetirse en mi mente. Tuve suerte, una cuidadora me acompañó hasta su habitación, la 208 para ser exactos, situada al final de un largo pasillo en la 2ª planta.

*- Hoy está tranquilo, acaba de tomar su medicación, a pesar de su edad es una persona muy activa, pero necesita sus horas de descanso, así que no prolongue mucho su visita. -* Me iba diciendo su cuidadora por el pasillo de camino a la habitación.

Nunca antes me habían temblado tanto las piernas como me temblaban en ese momento. Llamé a la puerta, que estaba un poco entreabierta, y entré. Era una habitación amplia y muy luminosa con una gran ventana con vistas al jardín.

En la mesita de noche pude ver que tenía un pequeño retrato de una mujer con un bebé en brazos y al lado había una foto en blanco y negro de una pareja de jóvenes novios enamorados en el día de su boda. Sospecho que serían él y mi abuela el día que se casaron. En un rincón de la habitación, estaba él, con pelo blanco, barba desaliñada y gafas, sentado en un sillón leyendo atentamente un libro que, por su apariencia, parecía bastante estropeado.

Sólo pronuncié dos palabras: “Buenos días”. Él apartó la vista del libro y se quedó mirándome fijamente. No tuve que decir nada más, enseguida supo quien era yo.



- *Sabía que algún día me ibas a buscar, sabía que iba a volver a verte. Estás hecho un hombre, ya no eres el bebé de la foto. ¡Me alegro tanto de que estés aquí!* -Así de emocionado me recibió mi abuelo, con un fuerte abrazo y una gran sonrisa.

Yo también me quedé por un momento sin palabras, era una sensación extraña, era como estar con una persona que acababas de conocer y que parecía que lo conocía de toda la vida. Ese día no quise alargar mucho la visita y haciendo caso a su cuidadora me marché para dejarlo descansar. Aunque él estaba físicamente muy bien, no dejaban de ser demasiadas emociones para una persona de tan avanzada edad el mismo día.

Al día siguiente, volví a visitarlo. Entré en aquella habitación que parecía tener un encanto especial, tal vez por la iluminación o por su situación, pero me llenaba de paz cuando entraba allí. Esta vez quise saber más, así que le empecé a preguntar por mis padres y demás familia. La verdad que no dejaba de ser todo un misterio. Al quedarme huérfano tan pequeño no tengo ningún recuerdo de nada ni de nadie. Pero parecía que mi abuelo no quería contarme toda la verdad así de pronto, o por lo menos esa era mi intuición. Se agarró a mi brazo y caminando muy despacio hacia la puerta dijo: *hijo, vamos a dar un paseo por el jardín, un poco de aire nos vendrá bien.*

Caminamos un poco y luego nos sentamos en un banco que estaba enfrente de una bonita fuente adornada con claveles y rosas.



- *¿Sabes qué? ¡Me encantan los claveles! Es una flor muy elegante, que hacen al hombre todo un caballero. Yo de jovenzuelo siempre llevaba un clavel rojo en el ojal de mi chaqueta. Y esas rosas le encantaban a tu madre, recuerdo que siempre en su cumpleaños le regalaba un ramo de rosas blancas y a ella le encantaban más que cualquier otro regalo.* - Recordaba mi abuelo mirando fijamente hacia la fuente.

- *Hijo, ya es hora de que sepas toda la verdad, han pasado 18 años y no te lo puedo ocultar más. Tu madre no falleció en un accidente de tráfico. Y tu padre tampoco.* - Justo en ese momento palidecí al oír esas palabras de mi abuelo.

- *Tus padres, al principio fueron felices, pero la vida de tu madre siempre estuvo marcada por la sombra de los malos tratos por parte de tu padre. Tu padre bebía demasiado y su comportamiento con ella no era del todo correcto. Ella tenía 24 años cuando nos dejó. Cuando tú naciste, parecía que iba mejorando la situación, pero no, no fue así. Una fría noche de invierno tu padre volvió a casa muy bebido. Por lo que me contaron, oyeron gritos discutiendo hasta altas horas de la madrugada. Tú estabas en ese momento en los brazos de tu madre con apenas 4 meses, llorando asustado. Sin mediar palabra, aquel hombre sin corazón que un día te dio la vida, se la quitaba a mi hija de repente, sin poder defenderse y lo peor de todo, contigo pegado a su pecho.* - Relataba mi abuelo con la voz entrecortada y con lágrimas recorriendo su rostro.

Atónitamente lo miraba y no supe qué decir. Toda la vida creyendo lo que me dijeron en el orfanato, que mis padres fallecieron en un accidente de tráfico. Ahora mi vida se desmoronaba por completo. ¿Cómo podía ser que mi propio padre le quitara la vida a mi madre de esa cruel manera? Un ser tan despiadado con esas manos manchadas de sangre... no, no podía ser, me costaba aceptarlo...



- *Siento mucho ocasionarte esta terrible tristeza, pero tenías que saber la verdad, tú me buscaste y tú querías que te lo contara. Tu padre sigue en la cárcel y ahí debe quedarse el resto de su vida por lo que hizo.* - Proseguía mi abuelo echándome el brazo por mi espalda intentando tranquilizarme.

En ese momento metió la mano en su bolsillo y me dio una llave. Era la llave de la casa donde vivían mis padres y donde ocurrió todo. Me dijo que esa casa había estado cerrada durante 18 años, nadie más, aparte de la policía aquella noche, había entrado más allí.

No tuve intención o tal vez no estaba preparado, en un principio, para entrar en aquella casa donde quizás, pudiera revivir algunos recuerdos que jamás existieron al ser un bebé cuando ocurrió todo. Pero finalmente, me armé de valor y entré.

Sabía que detrás de aquella puerta blanca de madera envejecida iba a encontrar una historia que no iba a ser muy agradable, pero necesitaba encontrarme con aquella historia. El suelo desquebrajado de madera, pasada por el paso del tiempo, crujía con cada paso que daba. Me dirigí a la que podría ser mi habitación.



Las paredes cubiertas de humedad, aparentemente pintadas de azul con algunas rosas blancas estampadas, no dejaba lugar a dudas, era mi habitación. No pude contener las lágrimas durante todo el trayecto. Un biberón vacío en una mesita y un chupete justo al lado de una foto de mi madre conmigo en brazos, que por cierto, era la misma foto que tenía mi abuelo en su habitación de la residencia. La cogí y la abracé fuertemente contra mi pecho con infinitas ganas de que algún día nos volviéramos a encontrar.

Se me partió el alma. Avancé hasta una cuna blanca de madera, que tenía grabada mi nombre en uno de los laterales. Alargué la mano y cogí una mantita que había dentro. No pude más, llorando desesperado salí con la manta en mis manos de aquel lugar. Necesitaba estar solo y ordenar todo en mi cabeza aunque ya nada tenía solución.

Por fin sabía la verdad, pero una terrible verdad que jamás pude imaginar. Con respecto a mi padre, prefiero no opinar. Destrozó su vida y la de una familia entera. Sólo espero que tenga una vida lo suficientemente larga para poder pagar por todo lo que hizo.

En los días posteriores quise estar solo conmigo mismo, intentando asimilar todo lo sucedido en mi joven cabeza que había estado viviendo un mundo paralelo al que realmente existió.



Cuando pude reorganizarme y tener el valor de seguir adelante, me armé de valor y volví a visitar a mi abuelo de nuevo a la residencia. Yo ya estaba más tranquilo, pero sentí que dejé a mi abuelo bastante preocupado aquel día.

- *Buenos días, por favor, quería visitar a mi abuelo que está en la habitación 208.* - Dije a la chica de la recepción.

- *Perdone pero esa habitación está libre en estos momentos.* - Me contestó la chica mirándome un poco sorprendida.

- *¿Cómo que está libre? No puede ser, tiene que haber un error, hace sólo unos días estuve ahí con él, Sebastián Ruiz se llama, compruébelo de nuevo por favor* - Le dije enseguida poniéndome cada vez un poco más nervioso.

Sin decir nada más, me dirigí rápidamente hacia el pasillo donde se encontraba la habitación de mi abuelo. Entré sin llamar. Efectivamente, no había nadie, ni signos de haber estado nadie allí a corto plazo.

Todo estaba recogido, ni rastro de su ropa, ni de las fotografías de la mesita, nada de nada. Incluso noté la habitación más apagada, no tenía la misma iluminación de días atrás. Por un momento me hizo presagiar la peor de las noticias.

Volví a recepción para que me informaran qué le había sucedido a mi abuelo y el por qué no me habían avisado. Pero al ver la cara desconcertada de la chica de la recepción, me puse aún más nervioso.

*- Lo siento, no es un error, no tenemos constancia de que esa persona haya estado en esa habitación en estos días como usted dice. Esa habitación, la 208, lleva vacía bastante tiempo. La última persona que estuvo allí, fue una señora, pero no es el nombre que usted me indica.*

*Aunque.... espere un momento...* - Empezó a abrir archivos del ordenador hasta que apareció por fin el nombre de mi abuelo.

*- ¡Aquí está! Sebastián Ruíz. Pero... es muy extraño, ¿Cuándo dice que estuvo aquí la última vez visitándolo?* - Me preguntó la chica extrañada.

*- Fue hace exactamente 5 días, estuvimos dando un paseo por el jardín sentados en un banco que hay enfrente de una fuente.* - Le contesté.

*- Pues sí, su abuelo ciertamente estuvo viviendo en esta residencia, en esa misma habitación durante quince años, pero lamento decirle que hace tres años que falleció a consecuencia de su enfermedad, el alzheimer. Lo siento, no tengo más datos que aportarle.* - Terminó diciéndome la chica quizás más asombrada que yo por aquella situación.

Me marché de allí, perplejo, no entendía nada. Tenía claro que no había sido un sueño, que la visita a aquella habitación de mi abuelo fue real.

Me fui caminando sin rumbo durante horas, intentando asimilar todo lo que me había pasado en los últimos días, pero por más que le daba vueltas, no conseguía encontrar una explicación coherente. Si yo no hubiera encontrado a mi abuelo, si yo no hubiera hablado con él, ¿Cómo iba a tener la llave y la mantita que cogí de aquella casa?

Pienso que tal vez fue una señal del destino y que mi abuelo vino sólo para ayudarme y contarme toda la verdad de lo que realmente sucedió en el momento preciso.

Ahora que ya sé quien soy, ahora que ya conozco mi pasado y todo lo que lo rodea, sólo tengo palabras de agradecimiento a aquellas personas que en su momento, me cuidaron e intentaron que fuera lo más feliz posible y creciera en un entorno sin violencia ni maldad, convirtiéndome en el hombre que ahora soy, con mis virtudes y mis defectos, pero sobre todo en un hombre que respeta a las mujeres por encima de todo.



Y ahora que estoy aquí, sentado junto a la tumbas de mi madre y de mi abuelo, me viene a la mente la imagen de una mujer que, sin conocerla, tuvo que ser una madre maravillosa por defenderme hasta en sus últimos momentos de su vida; y a ti abuelo, que te conocí en la 208 o tal vez no, eternamente agradecido por contarme toda la verdad desde donde quieras que estés. Ya no tengo miedo a la muerte, ni a nada en este mundo.

*- Hoy te dejo aquí, mamá, una rosa por cada año que tenías de vida cuando te marchaste, 24 rosas; y un clavel para ti, abuelo, de esos que te gustaban y que seguro siempre fuiste en vida y serás en el cielo aquel elegante y humilde caballero.*

*¡Hasta siempre, os quiero!*



**LUNALUZ**